

Una flor solar en el Ryad de Mogador



ALBERTO RUY-SÁNCHEZ

Cada pedazo de tierra puede ser considerado un pedazo de La Tierra, cada jardín como el fragmento de un jardín mucho más amplio, extendido a los límites del planeta. Visto así, el territorio del jardinero se ilumina desde diferentes ángulos, unos interiores y otros externos al recinto. Las perspectivas del jardín se asocian con el horizonte, sus senderos con el viaje. Y viajar nutre a un jardinero más que un sabio tratado de jardinería.

Gilles Clement

La mañana de abril que las murallas de Mogador estuvieron en sus ojos por primera vez, Juan Isidro Labra sintió que una nueva vida comenzaba para él en esa ciudad marina que parecía elevarse sobre la espuma de las olas como si al amanecer el aliento del mar se hubiese convertido en piedra. Pero él veía surgir una flor urbana a la orilla del agua donde todos los demás sólo veían piedras. Cumplía treinta y cinco años de edad y veinte años de dedicarse al cuidado de jardines alrededor del mundo. Era un jardinero nómada. Había oído hablar de "El Ryad de Mogador" como uno de los jardines más asombrosos del mundo. Escribió a su creador una carta entusiasta anunciándole el deseo de su visita. Recibió una respuesta conmovida y hospitalaria de su hija. El Jardinero Mayor del Ryad acababa de morir. Ella lo recibiría con gusto.

Tan sólo una hora después de su llegada al puerto, luego de ocupar una habitación en la casa del Jardinero Mayor, Hawa estaba mostrando muy lentamente el jardín de su padre al jardinero nómada, como dejándolo desear cada una de las nuevas zonas que le enseñaba. Cada terraza descubría un nuevo territorio de flores que nunca antes había visto. Cada pasillo parecía conducir a nada y se abría de pron-

to al gran recogimiento de una banca arrinconada de frente a una flor o se abría hacia una vista panorámica insospechada. Probó dátiles de sabor diferentes a todos los que conocía, con algo incierto de anís y de guayaba. Abrió higos que por dentro hervían y que sólo sirven para calentar el té.

Él disfrutaba cada rincón pero quería siempre más sorpresas y ella se las daba a desear cada vez con mayor coquetería. Después de un rato fue evidente que todo aquello era como si le estuviera mostrando los rincones más secretos de su piel. Una dosis enorme de promesa acompañaba cada gran entrega. Y él comprendía sensiblemente el sentido segundo de su visita.

La besó a la sombra de los naranjos. Una señal en el silencio de Hawa le indicó que ahí era donde su boca esperaba conocer la suya. Sus manos y sus besos llovieron suavemente sobre el cuerpo embarazado de Hawa llenándola de escalofríos. Luego calmándolos con más besos. La fue desvistiendo tan lentamente como habían recorrido los jardines. A un paso sin prisa pero lleno de avidez, al paso del asombro.

El Jardinero nómada, Isidro, con su imaginación teñida de verde, su sensibilidad terrosa y sus manos hábiles para los injertos, no pudo evitar que al desnudar finalmente el sexo de Hawa y mirar abiertos sus anchos labios vaginales, como desdoblándose hacia él, su asombro los convirtiera en una flor, en la más asombrosa de las flores que él había podido ver.

Los labios de Hawa habían sido siempre abultados, tan notablemente grandes como pequeños eran sus otros labios, los de la cara. Pero el embarazo los había hecho crecer, no sólo en tamaño sino sobre todo en sensibilidad. Un roce

los hidrataba y hasta el recuerdo de un soplado los convertía en marejada. Los había vuelto además caprichosos, dramáticamente expresivos y terriblemente volubles. Les daba por querer algo con ansia y ponían a su servicio a todo el cuerpo de Hawa, incluyendo a los labios delgados que actuaban de pronto como hermanos gemelos de los labios de abajo, untándose más que besando, absorbiendo más que mordiendo y no pudiendo ya pronunciar sino los gestos más bien nocturnos y sonámbulos del deseo.

Y mientras la noche se apoderaba de la materia y la voluntad de esos labios entre sus mejillas, los otros, entre las piernas, resplandecían como seres solares, como una planta de hojas y pétalos carnosos estirándose hacia la luz y el calor del sol en el momento indiscutible de su mayor esplendor. Flor única: mediodía del cuerpo y cuerpo del mediodía. Nada podría ser igual nunca ante los ojos, el olfato, el tacto de Isidro. Acariciando con su mirada y con sus dedos esa flor, estaba hipnotizado por ella y se le acercaba lentamente, muy lentamente. Y hasta cuando cerraba los ojos escuchaba esa flor crecer hacia él con su música de saliva, de respiración cautiva.

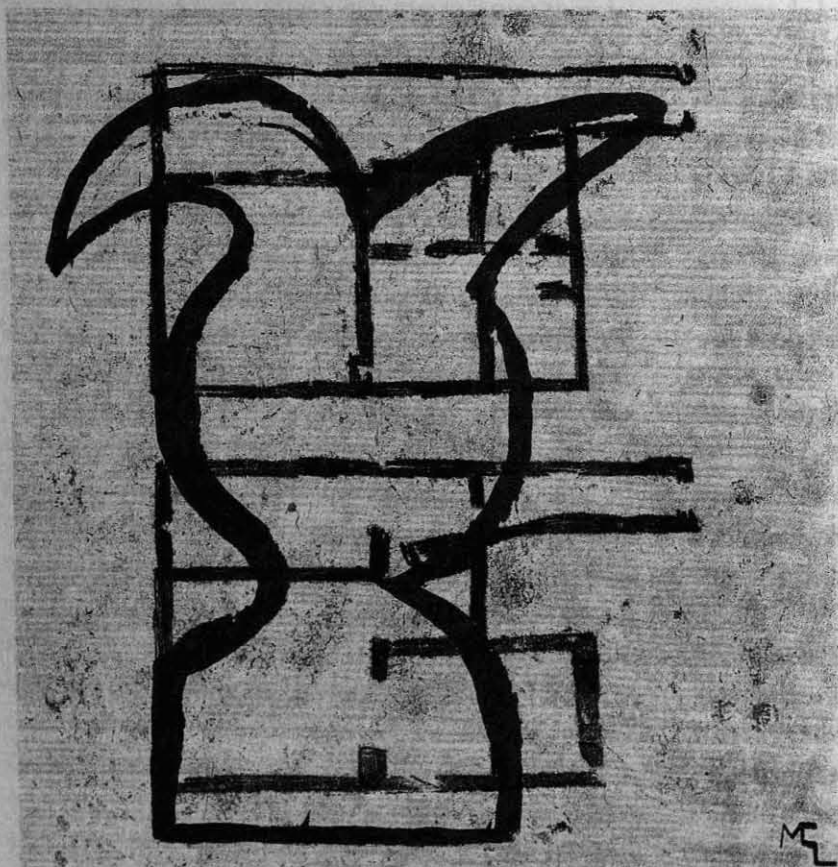
Hawa sentía también, pero claro, de una manera muy distinta, lo excepcional de su boca del sexo en ese preciso

instante. Como si por fin toda ella llegara a una expresión que había estado buscando durante años y sólo sus labios bajos de pronto pudieran pronunciar. Como si su cuerpo saliera hoy de sus propios límites convirtiéndola en un poco más que ella misma. Hawa desbordada hacia las venas de sus labios. Hawa crecida, Hawa sin límites conocidos. Su deseo era un torrente de sangre inundándola toda a marejadas con un ritmo de tambores roncós bajo la piel. Una tormenta de golpes marcaba la posesión absoluta de todos sus movimientos y de todos sus pensamientos.

Ninguno de los dos podía saber con certeza lo que era para el otro. Cada uno llegaba ahí navegando diferentes sensaciones. Aunque palpitaban los dos al mismo ritmo, mientras él veía cómo se abre y se sigue abriendo casi hambrienta una flor única, Hawa sentía que su cuerpo era ya el canto cada vez más rápido y sediento de un tambor.

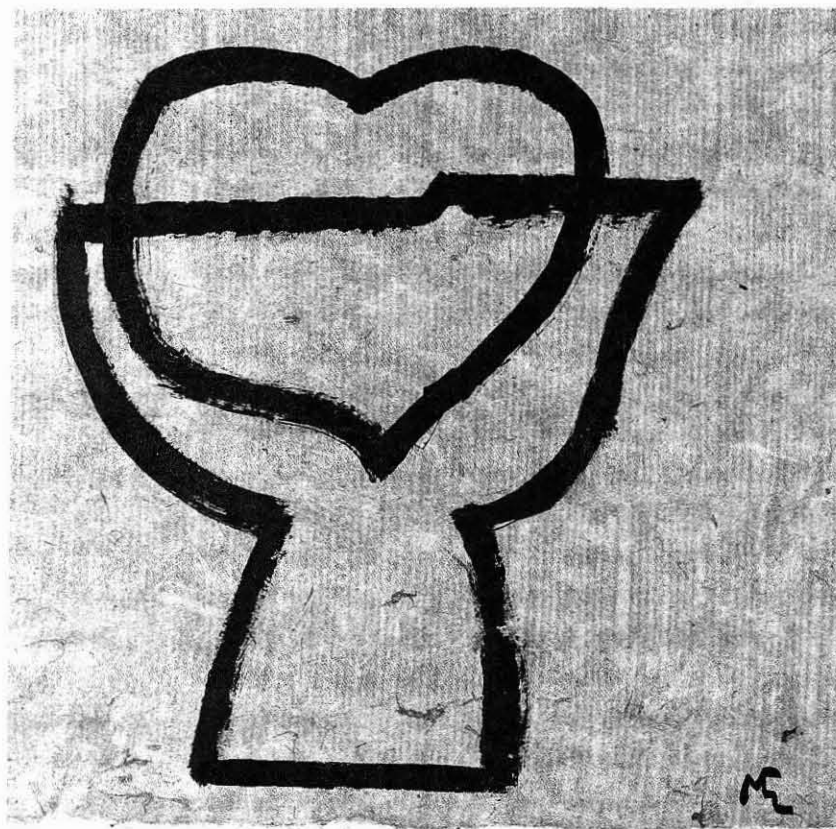
Sentía la más sutil pero la más poderosa de sus transformaciones. Toda ella convertida en el sonido corporal de una pasión que se anudaba como un afluente a los sonidos de su nuevo amante, el jardinero en viaje. Flor y río. Eso eran sin saberlo. Dos naturalezas diferentes que se encuentran y equívocamente se identifican en la feliz coincidencia de una palpitación. Cosas naturales transformadas por la mirada de cada uno de los amantes que ellos son, transformadas por la confluencia de sus latidos.

Desde un poco antes y de otra manera, Hawa llevaba ya varios meses en metamorfosis diaria. Ella, que era una apasionada de las cerámicas, sentía que su embarazo era una *mano invisible de alfarero* modelándola a veces con torpeza y sin paciencia pero siempre con un interés obsesivo en el destino de sus formas. Pensaba en sí misma como un objeto de barro que algunas veces le gustaba y otras simplemente no. Había visto su cuerpo crecer lentamente, como una vasija que en el torno va tomando redondez muy acentuada. *Marea de nueve lunas*. La piel del estómago se estiraba con suavidad pero reclamando cremas y caricias, sobre todo arriba de las ingles. *Como tienda en el desierto inflada por el viento*. La piel de las nalgas se tensaba en algunas zonas y se aflojaba en otras. *Como ríos y lagunas mezclándose*. El ombligo se pronunciaba con terquedad como centro y nudo



Miguel Castro Leñero

visible del mundo. *Donde todo se ata y se desata.* Una nueva corriente de vellos oscuros bajaba desde la nueva cima del ombligo hacia el Monte de Venus. *Catarata de sombras.* La base de la espalda se ensanchaba, no sin dolor de huesos desacostumbrados, como si de ella fueran a brotar pequeñas alas intrusas. *Mariposa Morpho descubriendo por primera vez que es azul y brillante.* Un carácter nuevo, más rugoso y oscuro se apoderaba de los pezones cada noche como si intuyeran su vocación de habitar la oscuridad somnolienta de una boca. *Antes de terminarla, el alfarero pone un puño de sombra dentro de su vasija.*



Miguel Castro Leñero

Ahora es tensa y suave a la vez, nuevas texturas le dan contorno. Quiere y no quiere, se siente ágil y torpe, vulnerable y fuerte, audaz y tímida, lúcida y somnolienta, hambrienta y repulsiva, bella y no tanto. Hawa había visto cómo su alfarero la convirtió en otra. Tanto que sólo ella podría saber a veces que no dejaba de ser ella misma.

Pero lo que más parecía haber cambiado radicalmente eran sus deseos. Durante los primeros tres meses, zona de náuseas y nuevos antojos, se alejó definitivamente de su marido Juan Amado. Parecía haberse evaporado completamente la pasión que los había unido durante el tiempo en el que su deseo de embarazarse era claramente parecido a una pulsión animal, felizmente irreflexiva, absoluta.

Juan Amado, que mucho antes se había hundido con entusiasmo en el erotismo de otras mujeres embarazadas, que había aprendido a descifrar los nuevos deseos de cuerpos que se transforman a cada instante, vivió con desilusión profunda el rechazo radical de Hawa. Su deseo de escuchar nuevas voces fue inútil. Ya no hablaban para él. Aunque lo intentó de mil maneras no supo nunca cómo entrar al nuevo jardín interior: el Ryad profundo en el que se convirtió el cuerpo de Hawa. Un ámbito intramuros, un lugar de excepción, un paraíso para él ahora prohibido.

El día que Hawa no quiso siquiera que Juan Amado tocara su estómago creciente, él se hundió en una profunda melancolía. Trató de vestirse cada noche con piel de paciencia pero... era inevitable, al salir el sol la perdía. Hizo un esfuerzo demente por no pensar sino en su trabajo, huyó hacia sus libros, emprendió viajes, quería que su presencia no fuera un reproche constante. Se había hecho la ilusión

de acompañarla muy de cerca, en todos sentidos, durante esos nueve meses pero evidentemente no era su presencia lo que ella más quería. Acompañarla mejor, ahora, era alejarse. Mirarla desde allá donde no se toca. Esperar a que tal vez todo fuera pasajero. Alegrarse totalmente por la hija o el hijo que venía. Concentrarse en eso. No tocarla cuando ella no quería.

Pero lo que Juan Amado experimentaba como un rechazo total de su esposa, era para Hawa completamente otra cosa. No una tregua o una necesidad de abstinencia durante el embarazo. Era más bien como hablar de golpe otro idioma. Pero tan sólo ese otro idioma. El esfuerzo de Juan Amado tendría que haber sido por lo tanto no sólo más grande sino diferente. Tendría que haberse comportado como un extranjero dispuesto a aprenderlo todo de nuevo. Un recién nacido al sexo y al cuerpo de su amante transformada. Por eso tal vez la visita de un extranjero fue la única capaz de abrir el nuevo jardín interior de Hawa.

Toda ella era un nuevo ámbito. Como si más allá de su piel se extendieran los campos invisibles sembrados por sus transformaciones. Ella crecía jardín. Y ahora sólo Isidro, el jardinero nómada podría verlo, sentirlo, entrar ahí. Sólo él sabía de qué manera reinaba en ese jardín la flor solar, la flor hipnótica de su sexo. Y a ella acercaba su boca lentamente. ♦